CANDELA !

Casio Pea

Capítulo 1

Candela era magia, era luz. Por donde pasaba, más de alguien se quedaba mirando su estampa, su caminar. No poseía una belleza típica. Era más bien despistada con el pelo revuelto color zanahoria, ojos grandes y grises, tejanos raídos y siempre llevaba el bolso cruzado. Caminaba mirando hacia el horizonte, nunca miraba sus pasos. “Altivez” decían algunos. “Pedancia” decían otros. Sin embargo Candela no alcanzaba a escuchar aquellos susurros de los transeúntes que la veían pasar, porque sus ideas en la cabeza resonaban más fuerte que el ruido de la calle.

Candela caminaba con prisa, paso firme, sin titubear. Mirando hacia el horizonte, tenía muy claro que esa mañana sería como cualquier otra, “el trabajo es sencillo” se decía en voz baja a sí misma, mientras buscaba la dirección en su teléfono móvil. Esta vez era una cafetería, alejada del centro de la ciudad. Una de esas cafeterías de barrio, donde clientes y camareros se saludan los buenos días y comentan los goles del último clásico.

Las clientas de Candela eran mujeres con dinero, y muy bien situadas. Discretas, con un trabajo normal, hijos y tareas domésticas que delegaban en la empleada extranjera. Mujeres inteligentes que sabían lo que querían (discreción por sobre todas las cosas) y que estaban dispuestas a pagar una alta suma de dinero por un trabajo de relojería. Conocían a Candela porque “alguien” se las había recomendado. Se sabe que para este tipo de trabajos, era imposible contactar con ella desde un anuncio publicitario.

Candela miraba obsesivamente su teléfono. No podía descuidar ningún detalle. El contacto de su clienta, el tiempo requerido para la faena no serían más de 2 minutos, el coche gris aparcado y la cita con la peluquería.

Mientras tanto, Enric no dejaba de mirar su teléfono móvil, esperando que llegara su cita. Había pedido un café con leche y azúcar (aunque sabía que debía haber pedido sacarina), y revolvía con prisa y mirando el periódico. Mira hacia la puerta y la ve entrar. Le saluda con un beso tierno, le acaricia el pelo y se sientan frente a frente. Sólo tenían 15 minutos, y luego cada uno iría de regreso a la oficina, donde ambos trabajaban desde hace 5 años. Enric como directivo de Marketing y ella era la chica de recursos humanos.

Tan ensimismados estaban mirándose a los ojos, que no notaron la entrada de Candela. Ella, con un movimiento rápido, coge de su bolso la pequeña Glock 26, quita el seguro, aprieta el gatillo y acierta de lleno en el rostro de Enric. Da media vuelta, la guarda en su bolso cruzado, gira en la esquina y se pierde entre los transeúntes, caminando rápido y con paso firme hacia el coche que había aparcado unos metros más allá. Conduce

con precaución, respeta los semáforos en rojo y se dirige a la peluquería de su amiga Lucía, en un barrio distante.

- ¿Qué color esta vez, Candela?
- Rubio. Esta semana lo prefiero rubio y corto.
- Como quieras.

Capítulo 2

- ¡ No !
- ¿Perdón? … ¿Qué has dicho?
- Si digo NO, es rotundo.
- Pero ¿porqué? ¡Si te voy a pagar un pastón por este encargo!
- Es mi última palabra. Adiós.

Candela cortó la llamada y apagó el teléfono. Estas situaciones incómodas le quitaban el apetito, y comenzó a mirar con desprecio aquel croissant que tenía al lado de su café con leche y sacarina.

Aún era temprano. Apuró su café y se levantó rápidamente de su silla un poco molesta por aquella llamada. Se trataba de un encargo un tanto diferente, inusual, que no estaba dispuesta a realizar. Sus principios estaban por delante siempre, y esta vez no los dejaría de lado por nada del mundo. Salió de la cafetería con paso firme, visiblemente molesta, y sus tacones resonaban con fuerza en el suelo con cada paso que daba.

No podía hacerlo. Conocía a su potencial "encargo". Conoció a Lola hace 5 años atrás, cuando ambas compartían piso y oficio de "acompañantes" en aquel barrio lúgubre y decadente del Raval. Lola había bautizado a Candela con ese nombre a aquella rubia hambrienta de nuevas experiencias, inexperta en las artes amatorias pero entusiasta en los preámbulos. Candela confiaba ciegamente en el instinto de Lola en la aceptación de clientes, y nunca ponía en duda alguno de sus consejos al momento de cerrar un trato.

El círculo se fue cerrando poco a poco. La mujer de la llamada conocía a Lola porque fue visitante asidua de aquel piso de servicios, cuando Candela ya había optado por vías alternativas de trabajo. Se trataba de una viuda muy alegre, que al notar la soledad en su cama, se dio cuenta que la necesidad puede cambiar de rostro. O de género. Se había encariñado con aquella morena de piernas firmes y labios finos, quien ofrecía su lado más amable ante la pérdida de aquella mujer. Pero un día Lola no quiso responder a su llamado. No aceptaba sus regalos. Ni tampoco le visitaba en su piso de Les Corts. Y aquella mujer descubrió que Lola había sucumbido a los encantos de un guiri inglés y estaba en fase de limpieza de reputación, paseando a su perro y comprando la fruta en la tienda de la esquina de su nuevo barrio.

Definitivamente no podía hacerlo. Llegó hasta su coche gris, lo puso en marcha y, con prudencia (siempre), se dirigió sin rumbo definido. Quería conducir por el sólo placer de sentirse en movimiento. Necesitaba borrar de su mente la idea de imaginar a su amiga Lola en peligro. Cogió el

móvil, lo encendió y llamó:

- Chica, ¿estás?
- Si, dime.
- ¿Está George contigo? Tengo que contarte algo importante.
-No, ha salido a correr. Ven a comer a casa y charlamos.
- Llegaré en 15 minutos. See you.

Capítulo 3

3. CUESTIÓN DE SEGUNDOS

Era una mañana primaveral. De esos días en que da gusto salir al balcón y respirar el aún fresco aire y recibir los tibios rayos de sol que iluminan el rostro. Candela, aún con su pijama puesto de "Hello Kitty" y una taza de café humeante en la mano, miraba desde su balcón a los transeúntes que paseaban al perro en el pequeño parque de enfrente. De fondo sonaba "Out of this World" de The Cure, aunque a su compañera de piso no le agradaba demasiado porque sus gustos musicales iban por el lado de "Pitbull". Mientras hacía un repaso mental de sus actividades a partir del mediodía, escuchó sonar su teléfono móvil desde su habitación. En ese momento ni siquiera podría imaginar que su próximo encargo fuera el más complejo de los que había tenido hasta ese momento. Del otro lado de la línea, una "clienta" solicitaba una entrevista. Concertaron lugar de encuentro, hora y password..

Horas más tarde, Candela esperaba sentada en un banco de Passeig de Sant Joan, leyendo un libro que había comprado hace unos días en un mercadillo de segunda mano. Con sus gafas de sol, concentrada en la lectura, repentinamente escucha una sola palabra: "Benedetti". Levanta la mirada y ve que una joven mujer, de unos cuarenta y tantos, con su bolso y gafas a juego de marca LV se sienta a su lado. La mujer comienza el diálogo, comentando que su amiga de la infancia le ha recomendado sus servicios.

– Antes de continuar- le responde Candela con su voz suave y melodiosa, -mis condiciones son las siguientes: Si estás aquí, es porque sabes que no fallo. Si a última hora te arrepientes, iré a por tí. Por adelantado, en metálico. Como yo quiera, cuando yo quiera y donde yo quiera.

La mujer tardó 5 segundos en responder afirmativamente, con todos los detalles. Cinco eternos segundos, en donde una fugaz idea de equivocación pasó por su mente. Pero las pruebas eran contundentes. El investigador privado descubrió que su marido se reunía cada mañana, en horario de oficina, con una mujer de aspecto joven y humilde en las casas baratas de Can Peguera. Se despedía cariñosamente con un beso en la mejilla, incluso tenía fotografías hechas por el investigador. El dinero desaparecía de la cuenta bancaria de su marido a través de reintegros de efectivo. Las constantes distracciones con su teléfono móvil y la falta de cariños y dedicación de su marido hacia ella, le llevaron a contratar al investigador privado. Finalmente aceptó los servicios de Candela. Se levantó y se fue caminando calle abajo, cabizbaja, mirando el suelo. Candela continuó con la lectura hasta entrada la tarde.

Tres semanas más tarde, Candela ya tenía todo bajo control. Cada detalle de su víctima, coche, horarios, vestimenta, hábitos, todo friamente calculado. Cada segundo de tiempo era vital para su encargo, y no podía darse el lujo de fallar. Aparcó el coche, cogió su bolso y se lo cruzó al pecho. Con su mirada fija en el horizonte, esta vez ojos azules, le esperó dos calles más abajo. Aquel barrio durante el día parecía una postal sacada de un pueblo abandonado de la España profunda, pero en medio de una ciudad cosmopolita. Los yayos estaban haciendo el café y jugando cartas en un bar cercano, y las yayas haciendo la compra en el mercado local. En ese momento su víctima aparece doblando la esquina, y Candela le sigue caminando hasta que le alcanza en la calle siguiente y le acorrala junto al contenedor de basura. Mientras abre su bolso para sacar la glock, el chico tartamudea:

-L .. Lo sé. Ssé qu que me ee.. estabas e eesperando. Ppp por favor. Yy yo la aa..amo.

Y Candela tardó 3 segundos en darse cuenta que estaba a punto de fallar. No podía escucharle ni desconcentrarse. Si tardaba un poco más, su reputación se iría al carajo, y la buscarían por todo el país para encarcelarla. Sólo atinó a responder, con su dulce y melodiosa voz.

-El amor es una puta mierda!

Y disparó.

Días más tarde, una pequeña nota en la prensa local mencionaba otro crimen por violencia de género en la ciudad. Candela no suele leer la prensa escrita, por lo tanto no pudo enterarse que una mujer se había disparado en su ático de Les Corts, al haber descubierto y asesinado a su marido, quien le engañaba desde hacía un tiempo con otra mujer. Además, la nota era tan pequeña, que sólo ocupaba 2 párrafos en el periódico gratuito del metro.